

AMISTAD EN OTROS MUNDOS

Hay en día, mucha gente está enganchada al móvil. Es el caso de Carolina, una niña de 10 años que está todo el día jugando al Roblox, viendo redes sociales (YouTube, Instagram) o hablando con sus amigas por WhatsApp.

Una tarde de domingo, estaba Carolina en su habitación, tumbada en la cama con el móvil, como tantas tardes. Entró en Instagram y vio que sus amigas habían publicado una foto en la que salían juntas en una librería. Ella, sin embargo, no salía en la foto; como nunca le apetecía hacer otra cosa que no fuese estar con el móvil, no había ido a la librería.

Pero, cuando vio aquella foto, en la que todas parecían muy contentas y felices, le dio un poco de pena no haber ido con las demás a la librería. Esa tarde, les envió un mensaje preguntándoles si se conectaban para jugar al Roblox, pero ninguna contestó y Carolina se enfadó.

Como no pudo conectarse para jugar, salió de su habitación y se fue al salón. Su familia estaba viendo la televisión y en las noticias estaban hablando de un virus muy malo, el coronavirus. Mientras escuchaba aquella se puso a pensar en cómo celebraría su cumpleaños, que sería en una semana. Invitaría a sus amigas a merendar al Burger, podrían visitar una tienda de videojuegos y luego irían todas a su casa.

Resultó que hubo colegio dos días más y el miércoles todas

estaban en casa sin poder salir porque aquel virus era muy peligroso. Carolina no pudo celebrar su cumpleaños de la manera que había pensado y los regalos los recibió por mensajero. Entre todos los regalos, había un libro. Pero ella no sabía quién le podía haber regalado eso, ¡cómo si no tuviera bastante con los que tenía que leerse para el cole!

Carolina se conectó con sus amigas por WhatsApp y ellas la felicitaron por videollamada. Les contó los regalos que había recibido y les dijo que había uno que tenía que devolver, que debía ser una equivocación, era un libro y a ella no le gustaba leer. Ella esperaba regalos del tipo: móvil nuevo, el último modelo de Nintendo, o al menos, algo electrónico.

Sus amigas le dijeron que el libro era su regalo. Que aprovechar para comprárselo el día que no las había acompañado a la librería.

Carolina rápidamente pronunció el año "¡un libro! ¡cómo se podían haber regalado eso?" "tener amigas para esto...", pensó. "Pero es que sus amigas no la conocían?" "Un libro, un montón de papeles juntos con letras y más letras..."

A Carolina le habían enseñado que había que dar gracias por los regalos, pero no pudo reprimir su enfado y descargó toda su furia contra sus amigas. Todas se mostraron muy disgustadas, sobre todo Lara, a quien le encantaba leer. Lara

intentaba decir a Carolina que no podía saber si aquel libro le gustaba o no porque no había leído ni una letra, ni una línea, ni siquiera lo había abierto. Carolina, para no escucharla, se había tapado los oídos y había empezado a gritar "la, la, la..." Lana se quedó paralizada al ver aquel horrible comportamiento de Carolina y se desconectó lo más rápidamente que pudo de la videollamada. El resto de amigos también estaban tristes y enseguida dijeron adiós y también se desconectaron. Carolina estaba más que enfadada, estaba rabiosa. En confinamiento por aquel virus, sin poder salir de casa y sus amigas enfadadas con ella, le habían comprado aquel libro por fastidio, pero Carolina tenía tanta furia que se puso a chillar otra vez. Su madre, al oír los gritos fue a su habitación y le preguntó qué había pasado. Al enterarse de lo ocurrido, su madre la castigó una semana entera sin móvil. Como iba a poder sobrevivir una semana sin salir de casa y encima, sin móvil. Su madre le dijo que era la ocasión perfecta para pensar en su mal comportamiento; su padre también estuvo de acuerdo en dejarla sin móvil.

Al día siguiente, al acabar las clases online a las 5 de la tarde, Carolina estaba muy aburrida y, sin móvil, no tenía nada que hacer; tampoco

podía ir a ninguna parte. Se tumbó en su cama mirando al techo; al girarse, topó con algo de bajo de un cojín y, al levantar el cojín... allí estaba el regalo de sus amigas. Envolto en un papel de regalo muy bonito, lo abrió y no solo había un libro como ella había pensado, junto al libro, envuelto en una tela suave violeta (su color preferido) había una foto de ella y sus amigas de un día que habían ido al Parque de Atracciones. La foto estaba firmada por todos en la parte de atrás y al lado de cada firma, una dedicatoria muy bonita de cada una de sus amigas.

¡Qué bien escribían sus amigas y qué bonita aquella que le habían escrito! Carolina no pudo evitar llorar, se sentía triste y contenta a la vez. Estaba contenta por leer aquella que le habían escrito y por tener tan buenas amigas y triste por haberlas tratado mal. ¿Y si sus amigas dejaban de serlo?

Dejó la foto a un lado y leyó el título (con curiosidad) "Mi amigo el Gigante". Uff, aquello iba de amigos... pensó curiosa. Comenzó a leer el resumen de la parte de atrás del libro y... tenía buena pinta. La intriga pudo^m con Carolina y, dominada por su curiosidad, abrió el libro y empezó a leer; primero la primera página, luego la segunda, la tercera y después vino la cuarta y la quinta... y Carolina se olvidó de todo a su alrededor y la historia de

que aquel libro contaba ocupó toda su mente y el resto de pensamientos desaparecieron.

A sus padres, que como estaban en confinamiento, solo salir de casa le era imprescindible, les resultó raro no oír música en la habitación de su hija, ni ningún otro ruido. Se acercaron a ver que podía pasarle a Carolina y se encontraron lo más inesperado, lo imaginable: su hija estaba leyendo un libro. Carolina estaba tan absorta en su lectura que ni se percató de la presencia de sus padres en la puerta de su habitación.

Los papás sonrieron y sin decir nada, se marcharon, no quisieron interrumpir a Carolina. Parecía que estaba muy feliz, porque estaba sonriendo, incluso se reía un poco, con pequeñas carcajadas; se le estaba pasando muy bien. Sí, sí, parecía como si Carolina estuviese en otro mundo y cuando terminó de leer el libro, que se lo leyó de antirón, ni ella misma comprendía como había llegado a ese mundo. Pero se sentía muy bien, no podía parar de leer. Miró el reloj y el tiempo había pasado, habían pasado varias horas y ella ni se había enterado.

Entonces pensó en el buen humor de Lara. A veces se había preguntado como Lara conseguía estar casi siempre tan contenta, y ahora sabía cómo. A Lara le encantaba leer, disfrutaba las historias que tanta gente había plasmado en libros y, afortunadamente había muchos por leer.

Que tanta había sido pensando que los libros eran solo un montón de hojas,
de letras y letras, pero no eran así, ¡qué gran descubrimiento!

El cuento que sus amigas le habían regalado trataba sobre Sofía, una niña
huérfana y su amigo Bonachón, un gigante capaz de capturar a tantos niños que cada
noche viajaba a sitios diferentes para capturar unos cuantos niños.
Una noche él se lleva a Sofía al País de los Gigantes donde viven
unos gigantes que comían niños, con ayuda de la reina y su
ejército consiguen atraparlos y llevarlos a una isla de la que
no pueden salir. Carolina al acabar el cuento se da cuenta
del valor de la amistad y la confianza en los amigos.

Quería ver y pedir perdón a todos sus amigos y darles las gracias
por ese maravilloso regalo; aquel libro le había abierto la
puerta a un mundo nuevo, de aventuras, de diversiones, de
felicidad. Estaban en confinamiento no podía salir
de casa, sus padres le dijeron que, de momento, podía
enviar a sus amigos abrazos y besos virtuales. Claro que no
era igual que los de verdad, pero el confinamiento ~~se~~ ac-
taba y ya llegaban.

Carolina les dio las gracias. Sobre todo de Lina se hizo
inseparable, fueron incluso mejores amigas que antes. Lina
siempre tenía algún buen libro que recomendarle, ella
le había mostrado la importancia de leer y la amistad.
Carolina pasó el tiempo libre del confinamiento leyendo
los libros. A pesar de estar encerrada en casa, ella se
sentía en parte afortunada por tener tanto tiempo, para leer y
poder estar con sus nuevos amigos de otros mundos, los
personajes

de otras historias que leía. Y viajó, viajó con la imaginación en aquel tiempo de pandemia y cuarentena.

Comenzó el nuevo curso y por fin pudieron volver a clase a verse; todos estaban más altos y cambiados pero lo que no había cambiado era su amistad. Carolina por fin comprendió lo que a ella le parecía un rollo y que siempre le habían dicho, la importancia de leer.

Además de pasarlo bien leyendo, otra de las ventajas de leer era que había dejado de cometer faltas de ortografía.

¡Ahora era de las mejores en lengua! ¡Qué bien!

Carolina pensó que estaría bien escribir un cuento y contar como leyendo había pasado el confinamiento de manera agradable. Quiso contar que es bueno leer libros porque todo mejora cuando lees, quiso ayudar a que otras no cometieran su error.

Y sí, este es su cuento, la historia que escribió Carolina para animar a leer a quienes no les gusta. Los libros son algo más que letras y letras; las letras se unen formando palabras, las palabras forman frases, y los escritores tienen la habilidad de juntar las frases de manera muy bonita, creando historias que nos hacen olvidarnos de lo que hay a nuestra alrededor, sumergirnos en ellas y pasarlo bien. Son historias que todo el mundo debería conocer, ¡es una pena que alguien se las pierda!

¡FIN!

Carolina espera que les haya gustado su historia. 😊